

y en buena compañía a costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido, se vinieron a despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse a su tierra, y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso entrar en más dimes ni diretes con Don Quijote, a quien él conocía muy bien; y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono, se fué también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a Don Quijote..., tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose dél casi a las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...* A lo que su traductor dice que en jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, a quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte a quien Don Quijote llamó don Ginesillo de Paropillo, fué el que hurtó a Sancho Panza el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impre-

sores ha dado en qué entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado.

Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venían de Berbería, compró aquel mono, a quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en tal lugar, y a qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de porvenir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni le apretaba a que dijese cómo adivinaba su mono, a todos hacía mamonas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta, conoció a Don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración a Don Quijote y a Sancho Panza y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quijote bajara un poco más la mano, cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono; y volviendo a Don Quijote de la Mancha, digo, que después de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos con-

tornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza; pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas. Con esta intención, siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos, picó a Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vió al pie della, a su parecer, más de docientos hombres, armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas estacas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadrón tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una, que en un estandarte o jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua defuera, en acto y postura como si estuviese rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito.

Dijole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, porque, según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza:

—Señor, en eso no hay que reparar; que bien puede ser que los regidores, que entonces rebuznaron, viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más, que no hace al caso a la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes o regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor:

Finalmente, conocieron o supusieron, como era cierto, que el pueblo corrido salía a pelear con otro, que le corría más de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad.

Fuése llegando a ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas; los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzó la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el

estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos a mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

—Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis, pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua.

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese; que de buena gana le escucharían.

Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

—Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados; porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se matasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más a menos! ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches a cualquier pendencia por pequeña que fuese! No, no, ni Dios lo permita o quiera; los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas;

pero ¡tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegar.

—El diablo me lleve—dijo a esta sazón Sancho entre sí—si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, a fe que lo parece como un huevo a otro.

Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, sino se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo:

—Mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, en la uña; y así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo errare; cuanto más, que ello se está dicho que es necesidad correrse por sólo oír un rebuzno; que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba sin que nadie me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo; y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen; que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.

Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso a otra cosa, dió consigo Sancho Panza en el suelo.

Don Quijote, que vió tan mal parado a Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes, viendo que llovía sobre él unublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas, y que algunos cargaban los arcabuces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba; pero los del escuadrón se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el Rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quijote, buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venía, y atendióle, viendo que ninguno le seguía. Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber hallado a la batalla sus contrarios, se volvieron a su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atención.

Quando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de valientes prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual, dando lugar a la furia del pueblo, y a las males intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó, en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del Rucio a los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado.

Apeóse Don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase enano de los pies a la cabeza, con asaz cólera le dijo: —Bien en hora mala aprendistes vos rebuznar, Sancho: ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias a Dios, Sancho,

que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfanje.

—No estoy para responder—respondió Sancho—, porque me parece que hablo por las espaldas; subamos, y apartémonos de aquí; que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña o como cibera en poder de sus enemigos.

—No huye el que se retira—respondió Don Quijote—; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado a muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las cuales, por no serte a ti de provecho, ni a mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba a caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco a poco se fueron a emboscar en una alameda, que hasta un cuarto de legua de allí se parecía.

De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera, que le sacaba de sentido.

—La causa dese dolor debe de ser sin duda—dijo Don Quijote—, que como era el palo, con que te dieron, largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen; y si más te cogiera, más te doliera.

—¡Por Dios—dijo Sancho—, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿Tan cubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aún pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque, si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras, y a otras muchas averías, que si ahora me han salido a las espaldas, después me saldrán a los ojos. Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida); harto mejor haría yo, vuelvo

a decir, en volverme a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme; y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues ¡tomadme el dormir! Contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos a todo vuestro buen talante; que ¡quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, o a lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados! De los presentes no digo nada; que por ser vuesa merced uno dellos, les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.

—Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho—dijo Don Quijote—, que ahora que váis hablando, sin que nadie os vaya a la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mío, todo aquello que os viniere al pensamiento y a la boca; que a trueco de que a vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseáis volveros a vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida. Dineros tenéis míos: mirad cuánto ha que esta segunda vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.

—Cuando yo servía—respondió Sancho—a Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida; con vuesa merced, no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve a un labrador; que en resolución los que servimos a labradores, por mucho que trabajemos de día, por mal que suceda, a la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que esta vez sirvo a vuesa merced.

—Confieso—dijo Don Quijote—que todo lo que dices, Sancho, es la verdad; ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer—dijo Sancho—, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes, me tendría por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto a satisfacerme a la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serían treinta.

—Está muy bien—replicó Don Quijote—; y conforme al salario que

vos os habéis señalado, ved cuántos días ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano.

—¡Oh, cuerpo de mí! —dijo Sancho—Que va vuesa merced muy errado en esta cuenta; porque, en lo de la promesa de la ínsula, se ha de contar desde el día que vuesa merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos.

—Pues, ¿qué tanto ha, Sancho, que os la prometí? —dijo Don Quijote.

—Si yo mal no me acuerdo—respondió Sancho—, debe de haber más de veinte años, tres días más o menos.

Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó a reír muy de gana, y dijo:

—Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mío; y si esto es así, y tú gustas dello desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que a trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú o leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en tanto más cuanto me habéis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo (que todo lo pareces); Éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente. Vuelve las riendas o el cabestro al Rucio, y vuélvete a tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh, pan mal conocido! ¡Oh, promesas mal colocadas! ¡Oh, hombre, que tiene más de bestia que de persona! Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal vez que a pesar de tu mujer te llamaran señoría, ¿te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venía con intención firme y valadera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mí tengo que antes llegará ella a su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia.

Miraba Sancho a Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decía, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas a los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo:

—Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuesa merced me perdone, y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; mas yo me en yerra y se enmienda, a Dios se encomienda.

—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu loquío. Ahora bien, yo te perdono, con que te enmiendes y con que te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures sanchar el corazón, y te alientes y animes a esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita.

Sancho respondió que sí haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza. En esto, se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya; que estos tales árboles, y otros semejantes, siempre tienen pies, y no manos. Sancho pasó la noche reposadamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno.

Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino, buscando las orillas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXX

De lo que le avino a Don Quijote con una bella cazadora.

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y acercándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió a entender a Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; así dijo a Sancho:

—Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el *Caballero de los Leones*, beso las manos a su gran fermosura; que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar, y a servirla en

cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare; y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habéis el encajador!—respondió Sancho—¡A mí con eso! Sí, que no es ésta la vez primera que he llavado embajadas a altas y crecidas señoras en este vida.

—Si no fué la que llevaste a la señora Dulcinea—replicó Don Quijote—, yo no sé que hayas llevado otra, a lo menos en mi poder.

—Así es verdad—respondió Sancho—; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero decir, que a mí no hay que decirme ni advertirme de nada; que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho—dijo Don Quijote—: ve en buen hora, y Dios te guíe.

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al Rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal *Caballero de los Leones*, que no ha mucho que se llamaba *el de la Triste Figura*, envía por mí a decir a vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su permiso y beneplácito y consentimiento, él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero—respondió la señora—, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo; que escudero de tan gran caballero como es *el de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid a vuestro señor que venga mucho en hora buena a servirse de mí y del Duque, mi marido, en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantóse Sancho, admirado, así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho, que tenía noticia de su señor, el *Caballero de la Triste Figura*, y que si no le había llamado *el de los Leones* debía de ser por habersele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la Duquesa (cuyo título aún no se sabe):

—Decidme, hermano escudero: este vuestro señor, ¿no es uno de

quien anda impresa una historia, que se llama del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?

—El mismo es, señora—respondió Sancho—; y aquel escudero suyo, que anda o debe de andar en la tal historia, a quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho—dijo la Duquesa.—Id, hermano Panza, y decid a vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido a mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió a su amo, a quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos a los cielos su mucha fermosura, su grandonair y cortesía. Don Quijote se gallardó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, acicateó a Rocinante, y con gentil denuedo fué a besar las manos a la Duquesa, la cual, haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle, le atendían con presupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como a caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbres en los libros de caballerías, que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera; y dando muestras de apearse, acudió Sancho a tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del Rucio, se le asió un pie en una soga del albarda, de tal modo, que no fué posible desenredarle; antes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado a tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchada, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía el pie en la corma. El Duque mandó a sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron a Don Quijote maltrecho de la caída; y, renqueando y como pudo fué a hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera; antes apeándose de su caballo, fué a abrazar a Don Quijote, diciéndole:

—A mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe—respondió Don Quijote—, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero, como quiera que yo me halle, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.

—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha—dijo el Duque—, que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso, no es razón que se alaben otras fermosuras.

Ya estaba a esta sazón libre Sancho Panza del lazo; y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo:

—No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa se levanta la liebre; que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alcázar que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la Duquesa a fe que no va en zaga a mi ama, la señora Dulcinea del Toboso.

Volvióse Don Quijote a la Duquesa, y dijo:

—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí.

A lo que respondió la Duquesa:

—El que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador—añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor—dijo el Duque—, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*...

—De los *Leones* ha de decir vuestra alteza—dijo Sancho—; que ya no hay triste figura ni figurón.

—Sea el de los *Leones*—prosiguió el Duque—; digo que venga el señor

Caballero de los Leones a un castillo mío, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que a tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer a todos los caballeros andantes que a él llegan.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla a Rocinante; y subiendo en él Don Quijote, y el Duque en un hermoso caballo, pusieron a la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa a Sancho que fuese junto a ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversación, con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron a gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, a su parecer, en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado a la buena vida; y así, tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía. Cuenta, pues, la historia que antes que a la casa de placer o castillo llegasen, se adelantó el Duque, y dió orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a Don Quijote; el cual, como llegó con la Duquesa a las puertas del castillo... al instante salieron dél dos lacayos o palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo a Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron:

—Vaya la vuestra grandeza a apearse a mi señora la Duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero, en efecto, venció la porfía de la Duquesa, y no quiso descender o bajar del palafreño sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar a tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque a apearse; y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros a Don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces:

—¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!

Y todos o los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques; de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aque

fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al Rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó a una reverenda dueña, que con otras a recibir a la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo:

—Señora González, o cómo es su gracia de vuesa merced...

—Doña Rodríguez de Grijalbe, me llamo—respondió la dueña—: ¿qué es lo que mandáis, hermano?

A lo que respondió Sancho:

—Querría que vuesa merced me la hiciese de salir a la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío; vuesa merced sea servida de mandarle poner o ponerle en la caballeriza; porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará a estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo—respondió la dueña—, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento; que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas a semejantes haciendas.

—Pues en verdad—respondió Sancho—que he oído yo decir a mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar—replicó la dueña—, guardad vuestras gracias para adonde lo parezcan y se os paguen; que de mí no podréis llevar sino una higa.

—Aun bien—respondió Sancho—, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola de sus años por punto menos.

—Si soy vieja o no—dijo la dueña, toda ya encendida en cólera—, a Dios daré la cuenta, que no a vos, bellaco, harto de ajos:

Y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo a la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las había.

—Aquí las he—respondió la dueña—con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya a poner en la caballeriza a un asno suyo que está a la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron a un tal Lanzarote, y unas dueñas a su rocino; y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta—respondió la Duquesa—, más que cuantas

podieran decirme—y hablando con Sancho, le dijo:—Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que aquesas tocas, más las trae por autoridad y por la usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir—respondió Sancho—, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo a mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle a persona más caritativa que a la señora doña Rodríguez.

Don Quijote, que todo lo oía, le dijo:

—¿Pláticas son éstas, Sancho, para este lugar?

—Señor—respondió Sancho—, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé dél; y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara.

A lo que dijo el Duque:

—Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; a l Rucio se le dará recado a pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como a su misma persona.

Con estos razonamientos, gustosos a todos, sino a Don Quijote, llegaron a lo alto, y entraron a Don Quijote en una sala, adornada de telas riquísimas de oro y de brocado; seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar a Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó Don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza; seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que a no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado), reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la valentía.

Con todo, dijo que diesen la camisa a Sancho, y encerrándose con él en una cuadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo:

—Dime, truhán moder no y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar a una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquélla? ¿Tiempos eran aquéllos para acordarte del Rucio? O ¿señores son éstos para dejar mal pasar a las bestias, tratando tan elegantemente a sus dueños? Por quién Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de tí!, que

en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos, o algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo; huye, huye destes inconvenientes; que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspíe cae y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado a parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca o morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy a propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal; que nunca por él se descubriría quién ellos eran.

Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata a cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió a la gran sala, adonde halló a las doncellas puestas en ala, tantas a una parte como a otra, y todas con aderezo de darle agua a manos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala, para llevarle a comer; que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron a otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destes que gobiernan las casas de los príncipes.

Hicieronse mil cortesés comedimientos, y finalmente, cogiendo a Don Quijote en medio, se fueron a sentar a la mesa. Convidó el Duque a Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó fronteró, y el Duque y la Duquesa a los dos lados.

A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que a su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa, dijo:

—Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los aíses.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necesidad.

Miróle Sancho y entendióle, y dijo:

—No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy a pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho—respondió Don Quijote—; di lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero decir—dijo Sancho—es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí—replicó Don Quijote—, miente tú, Sancho, cuanto quisieres; que yo no te iré a la mano; pero mira lo que vas a decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, que a buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será—dijo Don Quijote—que vuestras grandezas manden echar de aquí a este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque—dijo la Duquesa—, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

—Discretos días—dijo Sancho—viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mi ingenio tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es éste. Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestros lugar (que, a lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella), de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

—Hasta ahora—dijo el Eclesiástico—más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante, no sé por lo que os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

—No ha de acortar tal—dijo la Duquesa—, por hacerme a mí placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días; que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores míos—prosiguió Sancho—, que este tal hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi casa a la suya un tiro de ballesta, convidó a un labrador pobre, pero honrado..

—Adelante, hermano—dijo a esta sazón el Religioso—; que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido—respondió Sancho—; y así, digo que llegando el tal labrador a casa del dicho hidalgo convidador... que buen poso haya su ánima, que ya es muerto; y por más señas, dicen que hizo una muerte de un ángel; que yo no me hallé presente; que había ido por aquel tiempo a segar a Tembleque...

—Por vida vuestra, hijo, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso—replicó Sancho—, que estando los dos para asentarse a la mesa... que parece que ahora los veo más que nunca...

Gran gusto recibían los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso, de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento; y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

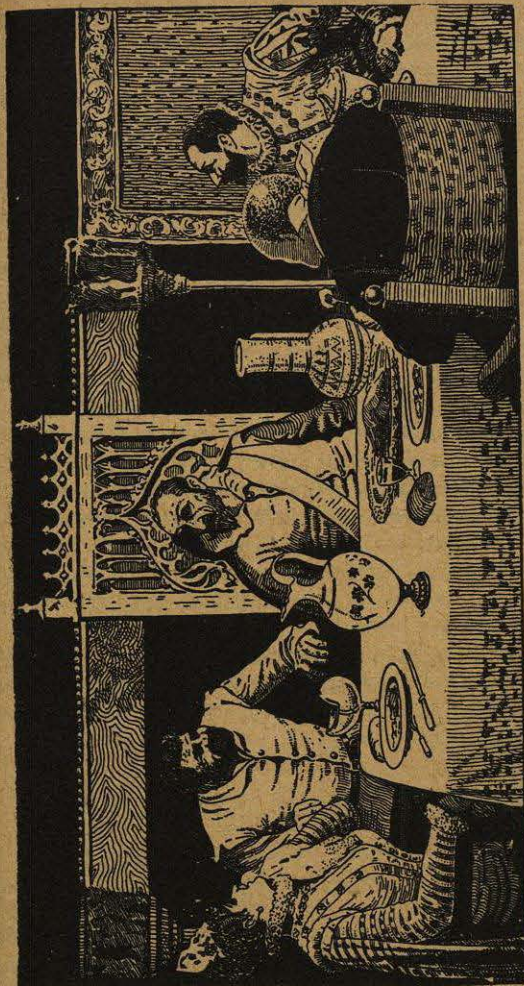
—Digo así—dijo Sancho—, que estando, como he dicho, los dos para asentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera»; y éste es el cuento, y en verdad que creo que no sido aquí traído fuera de propósito.

Púsose Don Quijote de mil colores, que, sobre lo moreno, le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa a Don Quijote que qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes o malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos.

A lo que Don Quijote respondió:

—Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¡adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede!

—No sé—dijo Sancho Panza—; a mí me parece la más hermosa criatura del mundo; a lo menos, en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja a un volteador. A buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.



—Digo así—dijo Sancho—que estando, como he dicho, los dos para sentarse a la mesa...

—¿Habéisla visto vos encantada, Sancho?—preguntó el Duque.

—Y ¿cómo si la he visto!—respondió Sancho—Pues ¿quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio! Tan encantada está como mi padre.

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquél debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, o Don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática a Don Quijote, le dijo:—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volved a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, ¡mora tal!, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan!

Atento estuvo Don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo... Pero esta respuesta, capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII

*De la respuesta que dió Don Quijote
a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos*

Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

—El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por

haber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones sanas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; a lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del peccado que se reprehende, llamar al peccador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o lo tengo? ¿No hay más sino, a troche moche, entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandío los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos, y mal a ninguno; si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—¡Bien por Dios!—dijo Sancho— No diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que persuadir en el mundo; y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?